

CLASE INAUGURAL DEL CURSO DE HISTORIA DE LA LITERATURA MODERNA

1.—La edad media, época central en la historia de la cultura y de las literaturas de Europa.

En rigor, la materia de esta cátedra debería abarcar meramente la historia de los monumentos literarios creados en los siglos que una división tradicional, aunque ya seriamente desvirtuada por la crítica histórica más autorizada, coloca dentro de los límites del "Renacimiento" y de nuestros días, esto es, a partir de los tiempos en que las naciones y las lenguas modernas ya *maduras*, ofrecen, como frutos de su madurez obras de arte literario en que esa propia madurez se manifiesta y se expresa. La Historia de la Literatura Moderna abarcaría, según ese concepto, la relación histórica y la crítica de las obras literarias producidas del siglo XV al XX. Quedaría así reservados a una Historia de la Literatura Medioeval la exposición y el estudio crítico de las creaciones literarias producidas durante la Alta y Baja Edad Media, es decir, del siglo V al siglo XII y del siglo XII al XV; pero como quiera que no existe en nuestra Facultad cátedra en que se dicte la historia de la Literatura de esa época central en la cultura europea, que abarca justamente un milenio, y como, por otra parte, las lenguas y las producciones literarias en que la Europa "moderna" se expresa, nacen y alcanzan su primer florecimiento en los comienzos del mencionado período segundo del Medioevo, se impuso, desde la inauguración de esta cátedra en la Facultad, la necesidad de incorporar en su programa, invadiendo el campo de la hipotética Historia de la Literatura Medioeval, la del citado segundo período de ésta, en el cual enraiza y florece, como decimos, la de la Era propiamente Moderna.

Aquí se advierte ya la inconsistencia, en lo que atañe al fenómeno literario, de la consagrada división de la historia de la cultura europea que surgió de las ruinas del Imperio Romano, en Edad Media y Edad Moderna; división arbitraria, más aparente que real, fundada más en cambios externos que en transformaciones internas, y que abriendo una profunda zanja entre momentos de un mismo proceso histórico, interrumpe y enmarca artificialmente la continuidad del flujo cultural. Como dice Nordström en su Ensayo *Edad Media y Renacimiento*: "...desde ahora se em-

pieza a distinguir netamente los contornos acusados de un conjunto cultural europeo en el cual el Renacimiento italiano no se manifiesta ya sino como una forma particular, nacional y cronológicamente delimitada, de una evolución más amplia. Se comprende cada vez más la conveniencia de revisar la división en períodos de la historia de la cultura europea. El término "edad media" es un apelativo completamente desprovisto de sentido, que designa un período milenario que comprende fases de contrastes violentos y cuya última parte es cada vez más considerada a justo título como la época más importante en la génesis de nuestra civilización. En cuanto a la denominación "Renacimiento" (con todo lo que comporta de prejuicios históricos: despertar de la antigüedad, aparición del individualismo, descubrimiento de la naturaleza y del hombre), se muestra, a la luz de las investigaciones recientes acerca de la Edad Media, cada vez más inexacta y susceptible de inducir en error".

Mientras se revisen estas nociones fundamentales y se reemplacen los tradicionales marcos históricos a que han dado lugar, por otros nuevos, más en conformidad con la realidad de la Historia y con la interdependencia de sus fenómenos, la Historia de la Cultura Occidental europea posterior a la caída del Mundo Antiguo, se verá obligada a salvar las referidas vallas arbitrarias y a encontrar por debajo de éstas la continuidad de los procesos culturales.

En consecuencia, al estudiar el nacimiento y la evolución de las literaturas neolatinas, neosajonas y neoeslavas, el investigador y el estudioso habrán de sumergirse en las entrañas de la llamada "Edad Media", habrán de remontar el curso de los afluentes culturales, cuya confluencia determinó las formas de vida y de pensamiento de las naciones modernas, a fin de encontrar allí los gérmenes y las fuerzas generadoras desde las formas externas de las lenguas hasta la estructuración íntima de las ideologías.

No bastará, pues, con esbozar, a manera de introducción, un esquema de géneros, autores y escritos literarios, a partir del siglo XII o del siglo XI—tiempos en que las llamadas lenguas vulgares se muestran ya en su adolescencia y alcanzando la eficacia de instrumentos de creación artística, filosófica, religiosa y política—sino que será menester penetrar más en lo hondo del Medioevo, ascender a las fuentes de la Alta Edad Media, sumirse en las tinieblas de los primeros siglos bárbaros, para sorprender allí la aleación y la interinfluencia de los factores del mundo moderno, rastrear sus oscuros y confusos orígenes y sus antiquísimas raigambres en el humus sangriento de tan remotos días.

Dado que no hay solución en las culturas, como en todas las formas de la vida, y como las lenguas modernas entroncan en la vieja cepa clásica y en los troncos bárbaros, habrá que seguir la savia lingüística y literaria, que no se interrumpe un solo instante,

al través de esa antigua raigambre hasta hallarla floreciendo primordialmente en el árbol frondoso del Medioevo.

Será preciso, pues, remontarse hasta la confluencia de los tres grandes factores culturales del mundo moderno: la cultura romana, la iglesia cristiana y los invasores bárbaros, desde el punto de vista de la historia literaria, sin descuidar los aportes bizantino e islámico, robustos y fecundos injertos en el gran árbol del Occidente medioeval.

De este modo se empezará el estudio de las modernas literaturas europeas desde sus raíces y cimientos; nó desde la copa del árbol y del entablamento del edificio, siguiendo desde sus orígenes la evolución literaria del mundo moderno, expresión suprema y acabada de la evolución ideológica e institucional del mismo, unificando las diversas etapas de una misma Edad y derribando las fronteras arbitrariamente erigidas entre aquéllas. Es decir que, mientras se colme el gran vacío que se abre entre el siglo V y el siglo XV con la enseñanza de la Historia de la Literatura Medioeval, será preciso incorporar esta en la llamada Historia de la Literatura Moderna, ampliando el contenido de este último término, para dar a la historia de la referida literatura raigambre y base indispensables.

2.—Factores fundamentales de la cultura y de las literaturas modernas: La herencia romana, la iglesia cristiana, el mundo bárbaro. Factores concursantes: La cultura bizantina, la islámica y la hebrea.

Biblioteca de Letras

Como la sociedad en que nació, la Literatura Moderna es resultante de tres fuerzas o factores, que concurrieron en su nacimiento en proporciones diferentes: la cultura latina, y por conducto de ésta, la griega; el Cristianismo, con sus doctrinas e instituciones renovadoras y el mundo bárbaro, que aportó su juventud, sus costumbres y principios revitalizadores a una cultura ya exhausta.

En lo que respecta a la Literatura Latina, como factor y antecedente de las Letras modernas, hay que tener presente que a la caída del Imperio Romano de Occidente en el siglo V de nuestra Era, el latín era la lengua universal, que, bifurcada en latín noble y en latín vulgar servía tanto para los menesteres literarios como para los usos corrientes de la vida. El latín noble o *sermo nobilis*, decadente ya en el siglo IV, después de una rica floración literaria de varios siglos, continúa produciendo, con eclipses más o menos prolongados, durante la Alta Edad Media, una literatura de contenido cristiano, aunque inspirada fielmente en los modelos y formas de los escritores clásicos romanos. Al correr de los siglos, y a medida que alborean los primeros Renacimientos, esa literatura medioeval en lengua latina se va acercando más y más, en sus formas y en su contenido, a las letras romanas, hasta el punto de

confundirse en algunos autores con las últimas producciones de la de Plata, constituyendo en los siglos XII y XIII, principalmente en Francia, una rica literatura, aún inexplorada, que se expresa en las esferas eruditas en los tratados gramaticales de Alexandre de Villedieu y de Evrard de Béthune y en las populares en las canciones (*Carmina burana*) de los “poetas ambulantes” (*clerici vagantes*), para culminar en los siglos XV y XVI con los grandes escritos de los humanistas y continuar casi hasta nuestros días, como instrumento de la teología, la filosofía, la jurisprudencia y la diplomacia. Dice Nordström en su notable libro acerca de la Edad Media y el Renacimiento, refiriéndose a este segundo Renacimiento clásico del siglo XII: “El latín es la lengua universal; se la emplea no sólo para las relaciones internacionales de la ciencia y de la Iglesia, sino también, en muchos casos, en los sermones, en la vida administrativa, jurídica o económica; y las gentes cultas lo usan espontáneamente en sus conversaciones. Es la última gran época del latín; pronto retrocederá ante la concurrencia de las lenguas vulgares. Pero entonces representa aún un medio natural y clásico de expresión del pensamiento y la literatura latina del siglo XII alcanza un público más vasto que el que alcanzará el Renacimiento italiano tres siglos después, en el momento en que la victoria de la literatura en lengua vulgar se ha vuelto definitiva. El latín del siglo XII es en general muy puro, hasta tal punto que la crítica posterior ha solido tropezar con ciertas dificultades al distinguir de las verdaderas obras clásicas las producciones literarias de esta época”. Y agrega: “Los años comprendidos entre la última parte del siglo XI y los comienzos del siglo XIII representan la gran época de la literatura latina medioeval. Su fuente principal se halla en el norte de Francia. De allí parten corrientes literarias a Inglaterra (cuya cultura se emparenta con la cultura francesa), hacia Alemania y los países nórdicos, por último, hacia Italia. Esta literatura, que constituye un campo todavía en gran parte inexplorado por la erudición, es vasto y variado; representa la expresión rica y matizada de las aspiraciones del siglo; refleja todas las facces de la vida contemporánea. Comprende una poesía sagrada de belleza no sobrepujada posteriormente. Trata todos los temas profanos, sean nobles o vulgares, morales o licenciosos, provenientes de la fábula o de la historia. A la variedad de inspiración corresponde la de las formas y de los géneros. Una larga sucesión de escritores marchan sobre las huellas de la antigüedad clásica, de la cual reproducen principalmente las formas líricas o épicas”. La lengua y la literatura de Roma, constituyen, pues, el factor primordial y acaso principal en la formación y el desarrollo de las lenguas y las literaturas de la Europa moderna. En su rama noble o culta, prolongando la eficacia y la belleza del pensamiento y las formas romanas e incorporando en ella todo el aporte intelectual y moral del Medioevo; en su rama vulgar o popular, dando a luz

de su seno a las lenguas neolatinas o *romances*, que entrarán en competencia con su generatriz y serán el vehículo definitivo del pensamiento y el sentir modernos. (De esta evolución nos ocuparemos en capítulos posteriores).

El factor cristiano se manifiesta en el orden literario en la obra de la Iglesia como depositaria y difusora de las letras clásicas y continuadora en su propia literatura en bajo latín del legado de la literatura romana.

La Iglesia Cristiana que con el advenimiento de Constantino obtuvo carta de ciudadanía en el Imperio, había usado hasta entonces como instrumento de su propaganda principalmente el griego bizantino. A partir del siglo II, cambia esa lengua por el bajo latín, lengua de la gente italiana y occidental, a fin de entrar en contacto inmediato con las masas. "Comenzó entonces", dice Alfredo Gudeman en su *Historia de la Antigua Literatura Latino-Cristiana*, "aún en el campo literario, la lucha religiosa que estaba entablada con el decadente paganismo. Ya hacía tiempo que judíos y helenistas griegos convertidos combatían literariamente las antiguas creencias politeístas, sirviéndose para ello de las mismas formas artísticas de los paganos. Siguiendo sus huellas, los cristianos romanos ya tan usados en la prosa artística latina, procurando ante todo adiestrarse en la adaptación y asimilación, a las nuevas ideas, de los recursos lingüísticos de la retórica profana". Añade el citado profesor: "...muy pronto se trató no ya de ganar más adeptos entre las clases bajas o de confirmar en la fe a los ya convertidos, sino de disponer el mundo pagano a que, sin distinción, recibiera la fe cristiana; para ello había que vencer al mundo pagano con las armas literarias del espíritu. Pero no podía lograrse ésto, con éxito, sino tan sólo empleando bien las formas artísticas paganas ya tan perfectas y aún casi agotadas y los recursos todos de la retórica".

Al principio, las necesidades de la evangelización, imponen a la Iglesia una literatura de carácter apologético y propagandístico que reviste luego la forma de una amplia exégesis de las Sagradas Escrituras. Esta literatura llega a su apogeo en el siglo IV con la obra genial de San Agustín, y se produce principalmente en las grandes provincias romanas de Africa, Galias y España, perdida ya la primacía espiritual por Roma.

Mientras la prosa latino-cristiana producía figuras, aparte de la descollante del Obispo de Hipona, como Tertuliano, Lactancio y Comodiano, la poesía cristiana en latín culminaba en las altas personalidades de Juvenco, Prudencio, San Avito y San Paulino de Nola, quienes satisficieron en sus poemas la necesidad contemporánea de vaciar en los metros clásicos la doctrina y la inspiración de sus días, "Era necesario", dice un crítico, "cantar en formas clásicas, con la lengua y versos mismos de Virgilio, de Lucrecio y de

Horacio la vida y palabras del Divino Redentor, pregonar el heroísmo de sus mártires, los atletas de la nueva religión, mostrar la excelencia de la nueva filosofía.....". Mientras el bajo latín sirve de instrumento literario a la teología, a la filosofía y al ritual eclesiásticos, sirve asimismo de vehículo a una poesía popular que se alimenta con los asuntos de la Leyenda Dorada, de las festividades del ritual y de temas devocionales. Así van naciendo las *cantilenas* o narraciones cantables y bailables de los grandes fastos de la Natividad y la Pasión y de las vidas de los grandes santos y mártires, así como de los dogmas y misterios de la religión. De tales cantilenas nacerán los viejos *cantares de gesta*, primera manifestación de las literaturas modernas, constituyendo aquéllas, por consiguiente, el eslabón que une las últimas expresiones de la literatura latino-cristiana con las primeras manifestaciones de las letras en lengua vulgar del Medioevo.

Conocida es, por otra parte, la obra de la Iglesia como maestra y evangelizadora de los invasores bárbaros y como organizadora de la enseñanza y la educación en el transecurso de la Alta Edad Media en Occidente. Las escuelas conventuales primero, y más tarde las catedrales, cuyo foco se encuentra en el noroeste de Francia, concentran e irradian todo el saber asequible, antiguo y contemporáneo. De allí nacerán las universidades y todas las corrientes del pensamiento y de la ciencia; en torno suyo germinarán y crecerán la épica y la lírica medioevales y en sus claustros y en los de los colegios abaciales madurará la dramática religiosa de los *juegos escolares*, que fructificará finalmente en el exterior en los *misterios, milagros y moralidades*.

La Iglesia Cristiana se nos presenta así, como factor de la Literatura moderna, continuando directamente las letras clásicas o incubando las letras en lengua vulgar.

Los Bárbaros aportan juntamente con su sangre, sus costumbres y su sentido de la libertad y la solidaridad social, sus mitos, sus leyendas y sus lenguas hermanas, donde esas fábulas y mitologías confusas, tan diferentes de las clásicas, se expresan, a raíz de las invasiones y de la ocupación de las provincias romanas en poemas que pronto constituirán vastos ciclos épicos. Los *Eddas* y los *Nibelungos* y las *Sagas* del Norte inauguran las literaturas teutónicas y nórdicas e influyen en las meridionales. La leyenda de Sígfrido, la leyenda de Arturo, la propia leyenda carolingia fructifican en las nacientes literaturas occidentales y les imprimen carácter indeleble, al propio tiempo que las lenguas teutónicas mezclándose con el latín vulgar, predominando en el norte y siendo absorbidas y asimiladas en el sur, acelerarán la transformación de aquél en los diversos romances, correspondientes a las diversas naciones modernas.

Los Bárbaros acabarán por romanizarse y cristianizarse; pero impondrán a su vez a las nuevas sociedades occidentales el cuño

de sus ideas democráticas y de su nuevo sentido del hombre y del mundo. En el campo estrictamente literario, infundirán al principio con vigor sus concepciones y sus mitos en las literaturas incipientes, sobre todo en las naciones teutónicas; pero pronto ese influjo irá decreciendo, siendo paulatinamente supeditado por la ideología cristiana y por los grandes modelos de la antigüedad clásica, hasta el Renacimiento, en que parecerá eclipsarse definitivamente. Seguirá trabajando, sin embargo, en el seno de la Edad Moderna, resurgiendo brillantemente de vez en cuando, hasta renacer con vigor potentísimo en el movimiento romántico del siglo XIX.

MANUEL BELTROY.

